

Ramón J. Sender

Imán



Ramón J. Sender inició su trayectoria literaria con *Imán* (1930), una obra maestra sobre la guerra y tal vez la que le reveló como un gran escritor. El marco de esta novela se sitúa en Marruecos y su argumento gira en torno a la sangrienta guerra que tuvo lugar en aquel territorio. Imán es el apodo con el que se conoce al protagonista, Viance, un joven aragonés que asistió al desastre de Annual y que se pregunta el porqué de tan brutales acciones. A través de él, Sender nos va informando de todo el conflicto bélico. Su tono es acre y combativo, cargado de una gran veracidad y realismo; no olvidemos que el propio autor fue testigo personal durante la contienda norteafricana. La descripción de los horrores de la guerra es de un realismo tan vigoroso y áspero que llega a la alucinante pesadilla; de tal veraz intensidad y hondura que la realidad descrita parece inverosímil.

Nota a la primera edición del año 1930

Tenía estas notas desde hace tres años. Observaciones desordenadas, a veces demasiado prolijas, a veces sin forma literaria, recogidas durante mi servicio militar en Marruecos, a raíz del desastre del 21. La editorial «Cenit» me las ha pedido ahora y las doy apenas ordenadas. La imaginación ha tenido bien poco —nada, en verdad— que hacer. Cualquiera de los doscientos mil soldados que desde 1920 a 1925 desfilaron por allá podría firmarlas. Y desde luego su protagonista se puede «comprobar» en la mayor parte de los obreros y campesinos que fueron allá sin ideas propias, obedeciendo un impulso ajeno y admirando a los héroes que salen retratados en los periódicos. El libro no tiene intenciones estéticas ni prejuicios literarios. Sencillo y veraz. Trata de contar la tragedia de Marruecos como pudo verla un soldado cualquiera de los que conmigo compartieron la campaña. A ellos dedico estas notas, escritas también entonces con la voz del paisaje africano en los oídos.

R. J. S.

El campamento.— El relevo

Uno

Cuatro carros de asalto entran a media tarde en el campamento. Ruido inseguro de chatarra en la solidez del silencio. Traen la sequedad calcárea de los desiertos que rodean la posición y cierran las perspectivas sin un árbol, sin un pájaro.

Poco antes llegaron dos batallones precedidos por los cuervos, que son la vanguardia espontánea de las columnas. Noventa kilómetros en tres jornadas. Esa marcha también la hicimos nosotros para venir aquí. El sol de agosto en la cara por la mañana, desde el amanecer, y después sobre la cabeza y en la espalda a medida que transcurre el día. Treinta kilos de equipo, los hombros desollados por el correaje y el sudor, las plantas de los pies abiertas y la cal del camino en las grietas. Hacia mediodía se escupe ya un barro grisáceo. El agua, caliente y todo, sería una gran cosa si no se hubiera acabado en los diez primeros kilómetros. Ochocientos hombres, mudos, sordos, con paso resignado de autómatas. La mochila del de delante limita todos los horizontes. No se sabe a dónde se va, quizá no se vaya a ningún sitio o quizá al fin del mundo. Puede que la misión de uno cuando nació fuera andar eternamente. El polvo borra las cejas, pone una máscara gris en todos los rostros de tal modo que no nos conocemos. Los cincuenta cartuchos de la espalda se clavan en el espinazo. Y llevamos ciento cincuenta y cinco más en otras cartucheras. La manta terciada, zurrón con el paquete de curación, el vaso, el plato, la funda del jergón individual liada a la espalda, la mochila con el equipo de invierno y las tres mudas, los fuertes

zapatos, el capote-manta, pesado como un hábito de fraile, y luego el correaje con las cartucheras llenas, el machete de nuevo modelo, el fusil.

El cansancio llega a anestesiar. No se sienten los pies, ni las hendeduras de las correas que nos cruzan el pecho, ni el calor. Si se pudiera respirar aire limpio y tiráramos nuestra carga, puede que un extraño ímpetu nos llevara en vilo. Andaremos siempre, y será mejor porque en el momento en que nos detengamos caeremos a tierra como peleles. No se piensa en nada ni se ve nada. Los últimos kilómetros, amasado el cansancio con las primeras sombras del atardecer, tienen algo de pesadilla. Hace dos horas que se ve el campamento casi al alcance de la mano y un espíritu satánico lo aleja. Cuando, por fin, entramos, lo cruzaríamos y seguiríamos andando como sonámbulos si no nos mandaran alto e hicieran cerrar la columna y colgarse bien el fusil —«¡las culatas atrás!»— para desfilar cantando el himno. También los batallones llegados hoy han entrado cantando el suyo. El jefe de la posición, sentado ante un vaso de cerveza, se indigna siempre por la poca bizarría de las voces.

Noventa kilómetros. Cansancio embrutecido en los rostros, el cansancio de los reos de trabajos forzados. Trabajos inútiles: acarrear hoy aquí la piedra que mañana habrá que volver a llevar allí. Y casi todos una mirada deslustrada, que en Viance es una lejana y gris mirada de estupefacción. Se adivina, más que el asombro de lo que nos rodea, la sorpresa del estado a que uno mismo ha llegado y una angustia anhelante de que pueda haber desaparecido para siempre aquella vida que se comenzó a vivir.

Las yuntas de rubios bueyes y de tordillos mulos, el trigal verde, la bienoliente madera del taller, el fuego de la fragua, tan alegre, con el jadear asmático de los fuelles y la ardiente pina azul y roja. Todo esto pertenece a otra vida, de la cual ha quedado la vaga idea de un sueño. Aquello era el trabajo inteligente, que da sentido a la existencia y

merced al cual se puede resbalar sobre ella con una alegre canción en el pecho.

Viance, cuando bebe, piensa siempre en estas cosas, que, sereno, olvida voluntariamente. Siente en la embriaguez una suave desesperación, de la que se consuela teniéndose a sí mismo cierta lástima. Carece a veces de la conciencia de su verdadera situación, hasta enorgullecerse de alguna futesa, diciendo a sus compañeros con cierta altanería:

—Un «rutina» que soy.

En el campamento, los síntomas son de operaciones. Seguramente esta noche saldrá ya la orden general con esa literatura de «la línea de la derecha», estableciendo la composición de nuestra columna: «La tercera la formarán el batallón N. con el grupo de ametralladoras del referido y los de R. y X. El N. y el V., con el tren de combate del 112 de línea, artillería del 92 ligero, carros de asalto números 7, 8 y 15; granaderos de San Vicente, tambor del 15 de Alhucemas y ametralladoras del mismo».

Las operaciones, ¿dónde? El cornetín de órdenes del cuartel general lo sabe todo. Aunque siempre miente, se le pregunta como si hubiera de decir verdad. Tres días sin entrar el convoy en X. Hay bombardeo desde que amanece y dos heliógrafos llamean sobre las crestas azules. «A los del 35 les han dao pa'l pelo». Pero se han portado bien.

Movimiento de telefonistas, jefes que van y vienen a la enfermería. Luego llegan los primeros camiones de un convoy de bajas. Como la tarde va de vencida, y no les dará tiempo para llegar a la plaza, los autobuses harán noche aquí. Tiendas supletorias en torno a la enfermería. La luz última se sensibiliza en los vidrios de las ventanillas, bajo el aire quieto y caldeado. Los heridos llevan una tarjeta colgando del ojal, como etiqueta de bazar: «Herid. Desgarro, aproximación y sutura. Desagüe». «Fractura fémur. Vend.

provisional reducción». «Cráneo. Reposo, taponamiento, lavado bordes. Ojos, síntomas compresión». «Her. contusa, lavado Dakin Carrel».

Huele a gasa fenicada. Guerreras desgarradas y sangre en la nieve de los vendajes. Aquél blasfema al ladear la camilla, y éste, que lleva un «tiro de suerte», ríe al pasar y guiña un ojo desde la camilla: «A la plaza y dos meses de permiso en España». En la baca del autobús se apilan los cadáveres, mal cubiertos con una lona impermeable. Oficiales, casi niños, y soldados. Sangre roja en menudos arroyuelos, ventanillas abajo.

—Todos iguales —dice un soldado con cierta vaguedad sombría.

En un corro próximo se oye hablar al cornetín del cuartel general:

—¿Qué culpa tengo yo de que no comprendas? La tercera columna somos nosotros.

La evacuación de bajas es monótona y aburrida. Casi todos se van hacia las cantinas.

—¿Qué es eso?

—Carros de asalto. Los han traído pa proteger el servicio de limpieza.

—Ser inútil. ¡Ahí to cristo chaqueta!

La evocación de los servicios mecánicos borra de momento cualquier otra preocupación. Se huye de los trabajos de fortificación, del acarreo de piedra; pero, sobre todo, de las escobas. La brigada nombrada cada retreta se disuelve al día siguiente media hora después de salir. Si algún cabo se lía a estacazos, entonces todos somos voluntarios. Es demasiado servicio. La lista da la vuelta cada dos días. Los trabajos del nuevo parapeto son interminables. Los servicios de armas, los convoyes, ofrecerían un intervalo de descanso si no fuera por esa manía de la limpieza. Se barre de nueve a once, al subir las escuadrillas al bombardero.

Tras de las ambulancias de sanidad llega un convoy de acémilas con más bajas. Las llanuras amarillas, onduladas a

trechos como un mar tormentoso, van a curvarse unánimemente sobre el río, y el convoy pone en ellas un trazo rojo de sangre. No es la guerra trágica y siniestra, sino el regreso de una cacería. El mismo campamento tiene una paz transparente y diáfana, apenas turbada por la tormenta lejana de la aviación. Los carros de asalto, las ambulancias y el presentimiento de lo extraordinario dan a la tarde un aire vulgar y brillante de fiesta. Algunos cadáveres van atravesados en los mulos, con los brazos oscilando a compás. Ése, del 35. Y el otro. Pero aquel rubio es del 61. Otro del 35. Pasan los mulos cabeceando, indiferentes, con su carga fresca. ¿Y ése? ¿De qué regimiento será ése que lleva la guerrera vuelta sobre la cabeza? Viance dice desde el parapeto:

—Anda a verlo, que no te va a comer.

El soldado se acerca, alza el trapo de dril; repentinamente lo suelta y sacude la mano, manchada de sangre. Viance ríe curvado sobre el cañón del fusil.

—¿De qué regimiento es?

Los que llevan la guerrera así están decapitados.

—¡Si te hacen a ti lo mismo!... ¡Aunque pa lo que te sirve la cabeza!...

El bisoño murmura limpiándose la mano en el pantalón y Viance lo reprende de reojo:

—¡No insultes a tu abuelo, quinto!

Las obsesiones son tenaces en los campamentos. La imposibilidad de desarrollar cada cual su vida nos encauza por estrechas manías. A Viance le toca barrer mañana. El equipo de limpieza va desastrado. Estiércol y polvo en los harapos.

—Si sacudo el caqui, te entierro vivo.

Asoman los codos por los desgarrones, se alinean los piojos en las costuras; barbas de agonizante bajo los sombreros pringosos. Abruma la suciedad. Yo me lavo por las

mañanas con el café del desayuno. Los jefes nos dicen que todo esto no tiene importancia. Sobrellevarlo alegremente es demostrar espíritu militar; tener el terreno que ocupa el batallón más limpio que el de la batería de al lado, demuestra espíritu de cuerpo. El veterano refunfuña entre los sacos terreros. Hace tiempo que renunció a explicarse las cosas de la «mili». «Lo mejor es hacerse el loco». Después se queda mirando la larga sombra de las estacas de la alambrada.

La soledad del centinela es desabrida, áspera. La reflexión agrava esa soledad. Llanuras pardas, grises. A la de uno se suma la total soledad del campo y del cielo, más ancho y frío en estos desiertos. De día se oye en el campamento el rumor desmoralizador del ocio. En el calor de la tarde, los sacos terreros, que forman un semicírculo fuera de la rasante del parapeto, en torno al centinela, abrasan. Quema el fusil, abandonado al alcance de la mano. Cuando una rata —enorme, con patas de liebre, calvas a trechos— asoma entre los sacos, Viance le da la novedad. La rata no huye. El sombrero tiene un alambre en torno al ala, que también arde bajo el sol. Y el cráneo, caldeado, no encauza la desolación de las lejanías hacia la añoranza, sino que la encierra en un terrible laberinto de imposibles. No se puede huir de sí mismo por la reflexión, porque se va a dar en ese laberinto y es incomparable el suplicio de buscarle la salida. La derivación hacia lo político es obligada en los soldados más cultos. Pero, independientemente de esta solución, que viene a agravar la inquietud con un resquemor de conciencia, siente uno delante, detrás, encima, debajo, un vacío asfixiante.

Entre las tiendas y los barracones de mampostería, despedazados por los bombardeos de la ofensiva última y recomendados con sacos de tierra, se alinean por compañías y baterías los cinco mil hombres del campamento. Medio pan bajo el brazo y el plato de latón en la mano, colgando sobre un muslo. Huele a neumático quemado —tocino ran-

cio— y almidón de camisas sudadas —arroz—. A la vuelta de cada sector, cacerolas, rancheros tiznados. «Óído... ¡Firmes!». «¡A la orden! Sin novedad». «¡Bien, sigan!». «¡Firmes!». «¡Compañía! ¡Firmes! De frente... distribuyan. ¡A ver si se guarda la alineación!». «De a tres, ¿eh? ¿Más patatas? Si acaso, te reenganchas luego; ¡comes más que una lima!». Después del rancho suena por todas partes el ruido de los platos sacudidos contra las piedras. Van acudiendo a las cantinas los rezagados. Al pasar junto a las tiendas de los «fiambres», gruñen dos soldados:

—Si entras de refuerzo, estás listo. Va a ver que montar cuatro puestos pa vigilar a los cadáveres.

—¿Tú crees que a los fiambres se les vigila como si fueran prisioneros? No se van a marchar, digo yo.

—No es eso. Hay siempre malas entrañas que van a robarles los zapatos y lo que caiga. Porque un muerto puede llevar un buen reloj encima. Y muchos de éstos son cuotas, con buen rosco y buen billete.

—¡Tonterías! ¿Dicen que pué que salgamos mañana? Pues me gasto ahora ocho perras que tengo, por si las moscas. Yo creo que cada «quisque» hace otro tanto.

Viance se impacienta en el puesto. Tarda el relevo. Ve el barranco, ya negro en el fondo y verde claro en las laderas; la carretera blanca pautada por las sombras de unos baches y los palitroques entrecruzados de alambre espinoso, con los cuales se cierra la alambrada sobre el camino. Azulean las lomas hacia el río muerto y empantanado entre piedra arenisca. Los llanos de Dríus se enrojecen. A la izquierda, las cumbres de dromedario de Tizzi Asa buscan la luna con la joroba; pero es inútil. Esta noche no saldrá hasta después de las dos de la madrugada. Unas estrellas rojas se encienden y se agrupan en las barrancadas, y llegan, arrastrándose por la llanura, largos truenos. Luego, los tiros en serie de la artillería.

El cornetín del cuartel general toca a oración y contestan, como los gallos en los corrales, los toques de los batallones y las baterías. El centinela Viance, con ese aire distraído que le hace parecer tan lejano e indiferente, repite las contraseñas a medida que suenan:

—«Tengo la niña bonita» —el 15 de Infantería—. «Me c... en Dios, cuántas ratas». —Zapadores—. «¡A ver quién ha perdido el estopín!...».

Este último suena largo y melodioso, como un tema de ópera. Luego Viance se recuesta en los sacos y se adormila. Un sueño de liebre, apenas entornados los ojos, atentos los oídos. Cualquier ruido inesperado lo despierta; pero no hay miedo de que le alteren el sueño los ruidos conocidos. La patrulla —«sin novedad»— y un papel agitado por la brisa en la alambrada. Un quinto hubiera hecho fuego ya. Pero ahora se levanta la colina como una ola, hinchándose más y más. Los pies resbalan en la paja que alfombra el suelo para evitar el frío húmedo de la noche. Peor es el barro, en invierno. Y en la compañía... si no le tienen consideración, no importa; ignoran qué excelente operario de herrería era en su tierra. Oficial herrero. Seis años encendiendo la fragua le habían dado, a vuelta de palos y hambres, una pericia indiscutible. Atraía el hierro como el imán. ¡Qué cachondo aquel viejo que se lo decía! Aunque tenía cicatrices, que le daban la razón. Con su oficio podía haber hecho un buen papel en la armería del regimiento, en la plaza, sin necesidad de salir a arrastrar la tripa por los calveros; pero ya había en el taller once emboscados. El más entendido fue, en Barcelona, camarero de bar. Para conseguir esos destinos no basta ser maestro en su oficio: hay que saber «explicarse». «Si se explica usted, ya será otra cosa».

Viance sigue dormitando. La compañía va de primera desde que está ese bárbaro de sargento con el mosquitero rosa y la garrota. Los demás sargentos no lo tragan, y es natural. Pero entre tanto, si te da de lleno, tres días rebajao de servicio. «¡Se ha caído!», y el médico no quíe saber na-

da, porque pegar está prohibido, y robar también. Por eso dicen que se «castiga» y se «pinta».

En casa de la Blanca hay un vaho espeso de humo de petróleo y caras congestionadas de sol y de alcohol. Veinte o treinta soldados, sentados en el suelo, apuran dos grandes botellas y cantan acompañándose de palmadas y golpes contra las tablas. La canción es cómica y se refiere a un Felipe nocherniego, que llega por la mañana borracho y a quien le pega su mujer. Pero la cantan con una gran seriedad, con voces pastosas y profundas, y tiene, no sé por qué, un poder dramático a veces desgarrador. En otro lado juegan al billar sobre una vieja mesa sin tapete y ruedan las bolas descascarilladas saltando y retrucando. Hay tales desniveles en el pavimento que, al dar la vuelta a la mesa, el jugador casi desaparece.

—¡Vaya paliza los del 35!

—Tener corasón por barriga —elogia a su manera un áscarí.

—Si no es por nosotros, que les ayudamos —advierten los regulares—, no queda uno. Las ametralladoras —tatata-tac—, tirando un palmo por encima de la guerrilla. Quince baterías, los obuses del grupo de instrucción y desde la otra parte de la montaña los barcos de guerra. Con todo, los zapadores han vuelto sin clavar una estaca. Marra, marra, chaqueteando. Los áscaris, pegaos al suelo, sin que hubiera cristo que los hiciera dar un paso.

—¡Ah, paisa! —advierte un soldado indígena—. Yo haser guerra como rata. Gobierno espaniol asendé cabo Alí y cabo Alí nunca estar por operaciones. Persona mío veintitrés balasos, y nada. Antes haser guerra cabeza por sielo, ahora ya como rata, piedra, piedra, y si no hay piedra, quieto.

—Los tanques, ¿van con nuestra columna?

—¡A ver qué vida! Van a donde los manden.

—Caminan por el monte igual que por la carretera. Oye, quinto, y les embisten a las casas.

Algunos, al entrar, tropiezan con el arco de la puerta y tiembla toda la barraca con crujidos de madera y de lata. Las cantinas están hechas con pedazos de cajas y bidones de gasolina despedazados. Jirones de tienda de campaña, más lata insegura. Algunos pedazos de granada —casco de enormes botellas de hierro— aseguran la techumbre contra el viento. El dueño de la cantina es un cojo con traza de náufrago de zarzuela, que no se sabe a punto fijo si es padre, esposo o empresario de la Blanca. Esta apenas sale del mostrador, donde atiende a los mejores clientes. El cojo va y viene por los rincones oscuros, acercando cajones a los corros diseminados por el suelo y sirviéndoles vino. Acompasa sus movimientos a la cojera, de modo que con las dos manos llenas de vasos recorre la cantina sin derramar una gota. Pero desprecia a la soldadesca que acude con el rancho a beber dos reales de vino. Uno de sus motivos de orgullo es poseer licores finos para los señores sargentos y oficiales. La cantina está completamente llena.

—¿Quién me compra un sello? ¡Rediós! Como el correo es gratis, hay que hacer rebaja, y aun así no los quieren.

Llega otro grupo. Delante, dos soldados, con el rancho en el plato, van guardando el equilibrio para que no se derrame.

—He contao cuarenta y siete muertos, casi todos oficiales.

—¡Mala suerte! —contestan, encogiéndose de hombros.

Dos soldados se hacen confidencias junto al mostrador, accionando con una delicadeza diplomática:

—No voy descalzo. Media alpargata y un pedazo de saco. Hay que recapacitar que en la mili como en la mili. He ido al suboficial, porque ya hace tres meses que mis alpargatas cumplieron.

—¿Y qué?

—Me ha tirao una regla a la cabeza. Suerte que estaba en la misma puerta de la tienda. Yo creo que, como salimos mañana, no quiere soltar las alpargatas nuevas. Porque, vamos a ver, ¿quién le dice que no me dan un pildorazo? Y si me lo dan, es un par menos.

—¡Claro! ¡Es lo suyo!

—Luego me ha dicho que le llevara la regla.

—¿Y te ha sacudido?

—No.

—Con suboficiales así, da gusto. A mí me tienen que durar las alpargatas mis buenos cinco meses, y me duran, si no tengo la desgracia de pisar una mierda, porque entonces se quema la suela.

Bajo la cúpula de tablas dislocadas el aire es espeso, caliente. El sudor brilla en los rostros frente al candil de gas, que reparte en torno sombras lunares. Los senos en punta de la Blanca presiden el mostrador y recogen, como polos eléctricos, el deseo disperso de los soldados.

Pasan entre la cantina y el parapeto las patrullas de servicio, y en la puerta discute un grupo sobre la distribución de cinco pesetas, con las cuales cada uno debe cobrar su soldada de cinco días. Entran a cambiar. En un extremo, los del escuadrón cantan un fandanguillo con letra improvisada un día y ya popular, en la cual se alude a un suceso que costó la vida, en circunstancias heroicas, al jefe del escuadrón. La música es lánguida y triste. «Caracol», el legionario, los mira de reojo, impaciente, bebe y escupe. Cuando pasa el cojo cerca, como si repentinamente volviera de un sueño, blasfema y añade:

—Cojo, ¡te voy a torcer el pescuezo!

—¡Mal pacazo!

Y luego el cojo reparte el vino repitiendo, obsesionado con el legionario:

—Un paseíto en coche. No le deseo más.